

*obsequium rationi consentaneum* que dignifica intelectualmente al creyente, y le capacita para una «síntesis más alta», y para el diálogo cultural?

Son cuestiones de excesivo alcance para estas líneas, y que plantean un desafío a la transmisión de la fe (catequesis, pedagogía religiosa, predicación...), aunque también están condicionadas por factores histórico-culturales de cada país. En todo caso, para que se dé esa «integración de lo saberes» parece necesario que antes haya conciencia de que, en efecto, *pueden y deben ser integrados*. En la Universidad, y fuera de ella.

José R. VILLAR

J. José ALVIAR, *Klesis. The Theology of the Christian Vocation according to Origen*, Four Courts Press, Dublin 1993, 228 pp., 15 x 20.

La amplia bibliografía acerca de Orígenes (186-254) ve aumentado su volumen con esta monografía, que investiga el tema de la vocación cristiana en los escritos del gran teólogo alejandrino. La obra se publica en un momento en el que los estudios patrísticos realizados durante las últimas décadas han producido excelentes resultados para la teología. La Iglesia ha querido señalar la importancia de estos estudios, tanto para el desarrollo adecuado del método teológico (Cfr. Juan Pablo II, *Discurso a los colaboradores del Instituto Sources Chrétiennes*, Doc. Cath. 19.12.1993, 1051-1052), como para la formación de los futuros sacerdotes (Cfr. *Instrucción de la Congregación para la Educación católica sobre el Estudio de los Padres de la Iglesia*, 30.11.1989).

El peso específico de los Padres como testigos autorizados de la Tradición cristiana difícilmente puede exagerarse si consideramos su decisivo papel en la determinación del Canon de la S. Escritura, en la fijación de los Símbolos y de las formas fundamentales de la Liturgia, y en el desarrollo racional de la fe, que constituye el programa y la esencia de la actividad teológica.

Con firme base en la S. Escritura, y poseídos de un hondo sentido de la Transcendencia y del misterio divino, los Padres de la Iglesia fueron los primeros teólogos, y se mostraron capaces en todo momento de armonizar la vía mística y la vía discursiva de acceso a Dios. Constituyen así un paradigma y un estímulo para la Teología de toda época.

Existen además algunas analogías que nos permiten relacionar la época patrística con el presente de la Iglesia. Dice la *Instrucción* citada más arriba:

«Como entonces, también hoy la Iglesia está realizando un delicado discernimiento de los valores espirituales y culturales, en un proceso de asimilación y de purificación, que le permite mantener su identidad, y ofrecer en el complejo panorama cultural de hoy las riquezas que la expresividad humana de la fe puede y debe dar a nuestro mundo» (n. 3).

En esta situación histórica, que afecta de modo tan directo a la teología, los teólogos son particularmente requeridos a repensar el papel que los Padres —sus textos y su espíritu— deben desempeñar en el desarrollo de la metodología teológica. La misma extensión que disfrutaban en la actualidad los estudios patrísticos va frecuentemente acompañada de un cierto deterioro en su uso propiamente teológico. La escucha y la recepción profunda de la Sagrada Escritura en el terreno dogmático, realizada en los años 50 y 60, no ha sido completada por una operación semejante en el campo de la patrística.

La proliferación ilimitada de estudios filológicos, históricos, biográficos, etc., ha desembocado en un positivismo patrístico, y en una situación que dificulta con mucha frecuencia la perspectiva teológica. Los dogmáticos se enfrentan con la ardua tarea de llevar a cabo trabajos de síntesis, que permitan una presencia adecuada de los Padres en sus investigaciones, y manifiesten la solidaridad que debe reinar en el terreno de las ciencias sagradas.

Algunas de estas preocupaciones se hallan presentes en el libro que comentamos. El significado y el prestigio de Orígenes han crecido constantemente en el ámbito de la Iglesia y de su teología. Hay en él mucho de irrepetible y perennemente válido. Hondamente comprometido con los problemas y desafíos pastorales de su tiempo, Orígenes destaca, —como ocurriría más tarde con Atanasio, Gregorio de Nisa, Basilio, y Agustín, por citar a los Padres más señalados— por el recurso continuo a la S. Escritura y a los criterios de Tradición, por la conciencia de la originalidad cristiana y la defensa de la fe como bien máximo, y por el sentido del misterio y la experiencia de lo divino.

Podemos mencionar asimismo su capacidad para entender al hombre cristiano en su unidad y en su totalidad, así como en el armónico desarrollo de sus valores naturales y sobrenaturales.

En base a una visión unitaria de la obra teológica y exegética de Orígenes, el autor arranca de la convicción de que el Alejandrino reúne los dos aspectos que constituyen al verdadero teólogo, a saber, el esfuerzo de sistematización y la negativa a alterar la verdad revelada para adaptarla a las exigencias de un sistema puramente intelectual. El Orígenes espiritual de los comentarios bíblicos y de las Homilías no ha de ser sacrificado al cristiano especulativo; pero tampoco en el Orígenes especulativo debe olvidarse

la conexión profunda entre lo especulativo y lo espiritual. El presupuesto artificial de que existen diferencias insalvables entre el Orígenes homilético y el sistemático, entre el autor espiritual y el filósofo, se halla ausente de esta monografía. El autor se sitúa en la línea de los enfoques mediadores representados, entre otros, por Daniélou, Volker, Harl, y Crouzel.

La categoría origeniana de la *vocación* ofrece precisamente la posibilidad de avanzar en esta metodología aglutinadora. El autor muestra cómo la idea de *vocación* cristiana asocia en las concepciones de Orígenes la sólida y ardiente realidad del misterio divino, en toda su trascendencia y racionalidad, con la práctica de un cristianismo que se vive en el mundo. Los pronunciamientos de orden homilético y exhortativo derivan de un manantial dogmático y tienen siempre en cuenta la situación mundanal del bautizado. El hondo sentido cristiano de Orígenes acierta a modificar y atenuar las exigencias del sistema, cuando pueden comprometer la fidelidad evangélica.

Las conocidas limitaciones teológicas de Orígenes —tendencia a un cierto subordinacionismo cristológico, insuficiencias en la teología de la creación, teoría de la apocatástasis, etc.— no derivan principalmente de la rigidez de un sistema teológico, sino del uso inadecuado de categorías filosóficas, que traicionan en ocasiones el pensamiento cristiano del teólogo.

El autor divide la obra en cuatro capítulos, que examinan los fundamentos antropológicos de la teología origeniana de la *vocación*, la noción de *vocación* cristiana, sus aspectos dinámicos, y la *vocación* del hombre cristiano en cuanto situado en el mundo. La investigación se caracteriza tanto por una rigurosa construcción de conjunto, como por una gran atención al detalle. No depende, como es lógico, de textos aislados, sino del Orígenes completo tal como lo conocemos, lo cual significa que no resultan olvidados ni preteridos los textos que pudieran resultar incómodos para las tesis centrales que el autor defiende.

La parte analítica del estudio establece la concepción origeniana de *vocación*, que es para el autor una idea específica. Los matices que encierra no perjudican su unidad. Esta significación de la noción de *vocación* le permite desempeñar en la teología de Orígenes un papel bien definido.

El estudio desarrollado en el capítulo primero establece, por así decirlo, la naturaleza radical de la *vocación* del hombre, cuyo ser creacional de *imagen de Dios* implica una llamada al diálogo con su Creador. Esta capacidad de dialogar con Dios es constitutiva del ser humano libre, y forma la base de los sucesivos llamamientos divinos que el hombre experimentará a lo largo de su existencia. La *vocación* encierra así para Orígenes un aspecto estático u ontológico, que se despliega a continuación en un dinamis-

mo espiritual, por el cual el hombre se asemeja progresivamente a Cristo, imagen perfecta de Dios.

Los aspectos internos de la vocación son inseparables, para Orígenes, de los que pueden denominarse aspectos externos. Es decir, la vocación del hombre no es un fenómeno atemporal ni ajeno al espacio natural donde el bautizado vive. Se despliega, por el contrario, en el espacio y en el tiempo, o con otras palabras, se desarrolla en el *mundo*.

La movilidad que implica la libertad humana supone que el bautizado experimenta continuamente los desafíos de esa libertad, y debe asumir los riesgos frecuentes encerrados en la necesidad de optar entre el bien y el mal. La vocación no le garantiza absolutamente un final feliz, y en este sentido todos los hombres se encuentran en una situación espiritual semejante respecto al decisivo asunto de su salvación y su santidad.

El autor defiende una interpretación de Orígenes, según la cual no existen en la teología de éste presupuestos gnósticos que hayan sido llevados hasta sus últimas consecuencias. Piensa que las diferentes clases de cristianos de las que habla el teólogo alejandrino corresponden a otros tantos grados diversos de correspondencia a la gracia divina, en base a la libertad de cada uno (cfr. p. 125 s.).

Al hablar de la actitud del cristiano respecto al mundo, el autor adopta una interpretación positiva y benévola de Orígenes. No ve en éste solamente al cristiano cargado de prevenciones y reservas frente al *siglo* y todo lo que el siglo significa de obstáculo y peligro para la existencia cristiana. Esta postura le permite hablar de una vocación única que, según Orígenes, se actualiza de diversos modos, según las ocupaciones y la situación de cada persona cristiana en el mundo (cfr. p. 161 s.). Es posible que al desarrollar este punto de vista, que está sin duda virtualmente avalado por los textos, el autor se haya visto influido por planteamientos modernos, que, aunque tengan en Orígenes un precedente remoto, no pueden conectarse fácilmente con sus ideas.

El autor se muestra reservado al pronunciarse sobre el presunto influjo de Orígenes en los ideales y la práctica del monacato, que comienza en la Iglesia a finales del siglo III, y separa lo que llama la *letra* y el *espíritu* del Alejandrino en este asunto. El autor piensa en último término que una muy plausible interpretación de la *fuga saeculi* en términos alegóricos y espiritualistas privaría de base real a la idea de Orígenes como precursor auténtico de la vida monástica (cfr. p. 201 s.).

J. Morales